

LA HIJA

DE

ROGINANTE



NO.5

Director Editorial

Gustavo Estrada

Subdirectora Editorial

Beatriz Adriana Diaz Ugalde

Equipo de Diseño e Ilustración

Hanny Gatica

Mario Paco Garzón

Mizael Hernández

Deni López

Corrección de estilo

Nayelli Carolina Mestizo Orta

Nubia Marian Guzmán Ramos

Ana Luisa Palacios Almaguer

Recuerdos.....	4
Cardumen de olvidos	6
Impotencia.....	8
A una abeja Muerta.....	10
Los Zapatos.....	12
En mi América Latina.....	17
Luna	18
Perfume de vainilla	22
Azúcar esparcida mil 1505	24
Una mordidita de poesía	26
La sociedad sin emociones	28
Humo.....	38

Recuerdos

-Victoria Nuñez Espinoza-

Recuerdo a mi abuela jugar afuera de su jardín, tomando la tierra y desterrado las plantas que había ahí. No importaba lo que pasara, siempre se reía con mi abuelito y nunca decían nada. Era un lindo recuerdo, antes de que llegara aquel día.

Mis papás estaban reunidos ahí en el consultorio de un hospital hablando con un doctor. Algo había pasado con mi abuelo; el rostro de mi papá parecía horrorizado con la declaración del doctor, mientras mi mamá lloraba yo no entendía nada.

Tiempo después nos mudamos a la casa de mis abuelos. Mi abuela se había vuelto más melancólica; siempre lloraba por las noches. Mi abuelo empezó a olvidar cosas pequeñas, como dónde había dejado su coche o también creía que era lunes cuando era martes en realidad.

Siempre me había prometido que armaríamos un pequeño barco de juguete, empezando a repetir materiales

— No abuelo, te dije que no traigas más hojitas, ya tenemos para las velas—decía

—Lo siento mi niña, había olvidado que ya lo teníamos—respondía con dulzura.

Yo nunca entendía por qué olvidaba todo. Recuerdo la vez en la que me buscaba y pensaba que tenía 6 años cuando tenía 12, no quería lastimarlo, así que fingí ser una niña de 6 años. Él me daba unas galletas que no comía hace mucho, sintiendo un gran golpe de nostalgia, y por un momento era esa niña de 6 años, sentada en el regazo de mi abuelo riendo, mientras comíamos galletas a escondidas de mi abuela.

Al año me confundía con mi mamá, pensando que era su hija pasando por la pubertad. Regalándome aparentemente un libro que mi mamá tenía en el librero que insistía a mi edad o me narraba el casamiento de él y mi abuela, trabándose en el proceso repitiendo varios detalles.

— Entonces tu madre entraba con un gran vestido blanco, era mi musa, sentía que el mundo se detenía... el mundo se detenía... pero ¿ya te dije que tú madre entró con un hermoso vestido blanco? —repetía varias veces, sólo podía escuchar, ahora lo comprendo.

Un 21 de septiembre él se fue, dándole su último suspiro; yo no podía hacer nada, sólo agarrar su mano, intentando no llorar, y en unos minutos se fue. Ahora con 17 años sé que él tenía Alzheimer, pero espero y ruego que yo no lo olvide de vieja.



CARDUMEN DE OLVIDOS

- NAYELLI CAROLINA MESTIZO -

*El truhan navegante.
Habitante del mar.
Esclavo distante,
cansado de pensar.*

*Marea sangrienta,
que trata de olvidar;
mientras más lo intenta,
más logra recordar.*

*Lluvia arrepentida,
y mares turbulentos,
dieron advertencia
como ahogado aliento.*

*Hubiera querido
Robar ese presagio,
que estaba perdido
Desde antes del naufragio.*

*¿Son sus pies cansados,
Víctimas de su hogar?
Sujeto a pecados
Que no puede pescar.*

*Difícil que huya,
Su vicio empedernido
que siempre lo arrulla
hasta quedar dormido*

*El viejo antiutópico.
Náufrago en distopía.
Del mar está atónito.
Amarlo es su manía.*



Impotencia
-Itari Zúñiga-

Por saber que he existido 16 veces.

Pero sólo sentir como 5,792 se desperdiciaron

Por ser humana.

Pero no querer serlo.

Por querer salir de mi cabeza.

Por encerrarme en mi piel.

Por sentir

Por querer.

Soy impotencia entre deseos y anhelos.

Entre entrañas podridas.

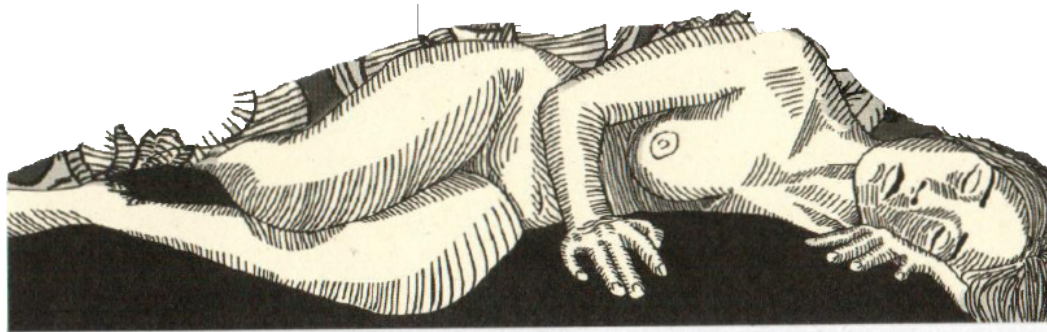
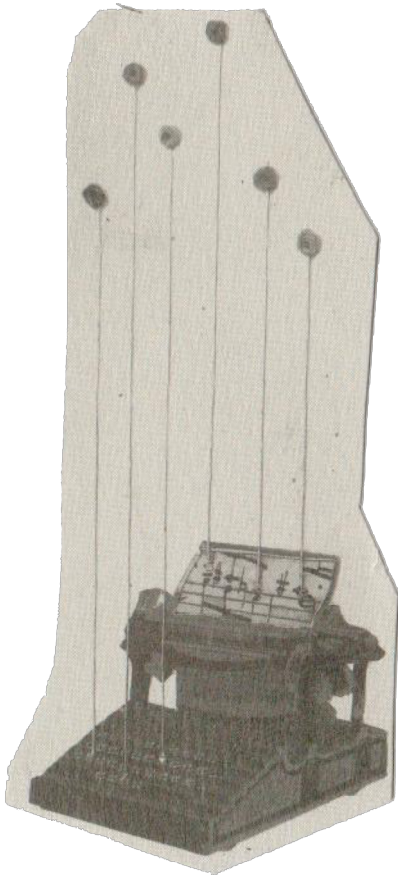
En un corazón que bombea sin desearlo.

He envenenado mi sistema esta noche.

Y he rajado mis extremidades con el de mi poco sentir.

Pero sé que volveré a vivir.

E impotentemente lo acepto.



26/08/2024

11

No sé qué tiene tu cuerpo que me recuerda tanto a mí.
Me alegra haberte encontrado, o que tú lo hayas hecho.
Desconozco tu agonía, tu dolor, sí es que hallas comodidad en esa
postura fetal en que te encuentré.
Quizá hayas podido o no probar la dulzura del mango, la delicadeza
de una manzana. Como sea, los comeré pensando en ti.
Creendo que el significado que doy con este poema a tu fugaz en-
cuentro es el único que existe en el mundo.
Mi tristeza hoy tiene alas, un gran abrigo negro con amarillo con
el paladar más sensible de todos.

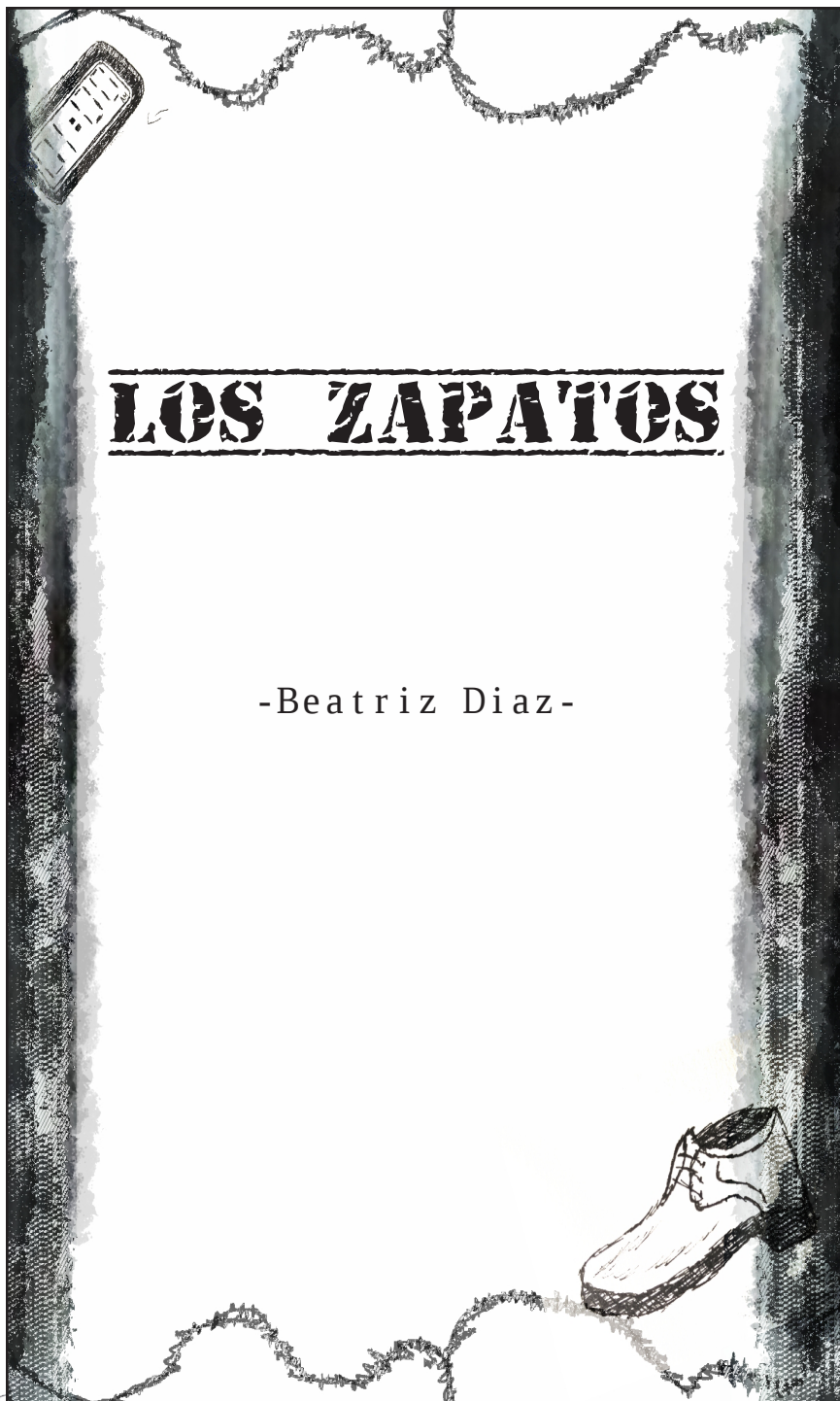
A una abeja muerta.

-Quetzal López-

Con este frío se
antoja una eutanasia



10

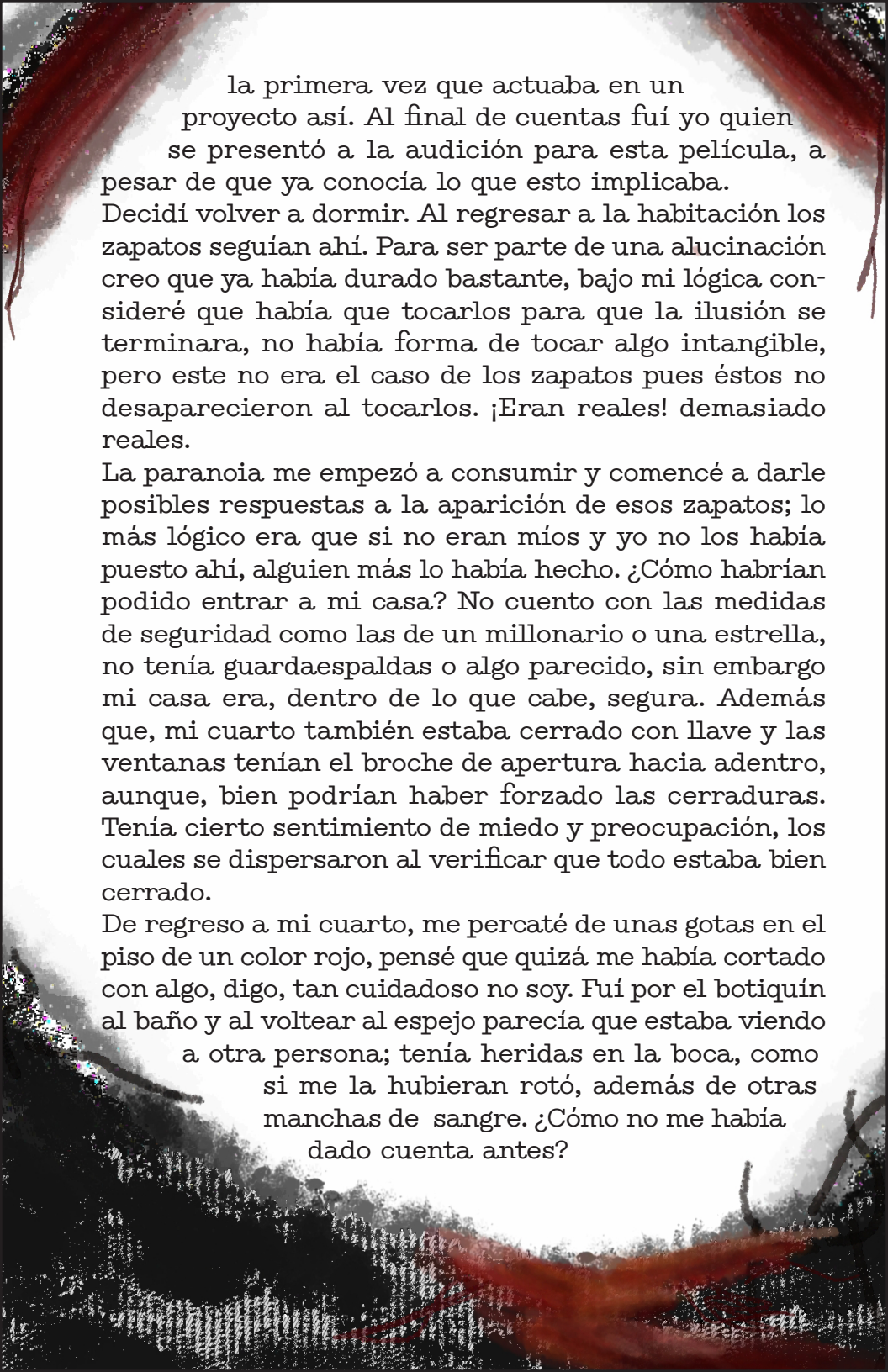


LOS ZAPATOS

-Beatriz Diaz-

Realmente este papel me estaba volviendo loco, la forma en la que tenía que interpretar a una persona paranoica hacía que yo me sintiera así, pues no lograba concentrarme ni siquiera al vestirme. He estado muy cansado estos últimos meses, es increíble cómo me está agotando esto. Pese a todo, este papel logrará mi salto a la fama pero ¿a qué costo?

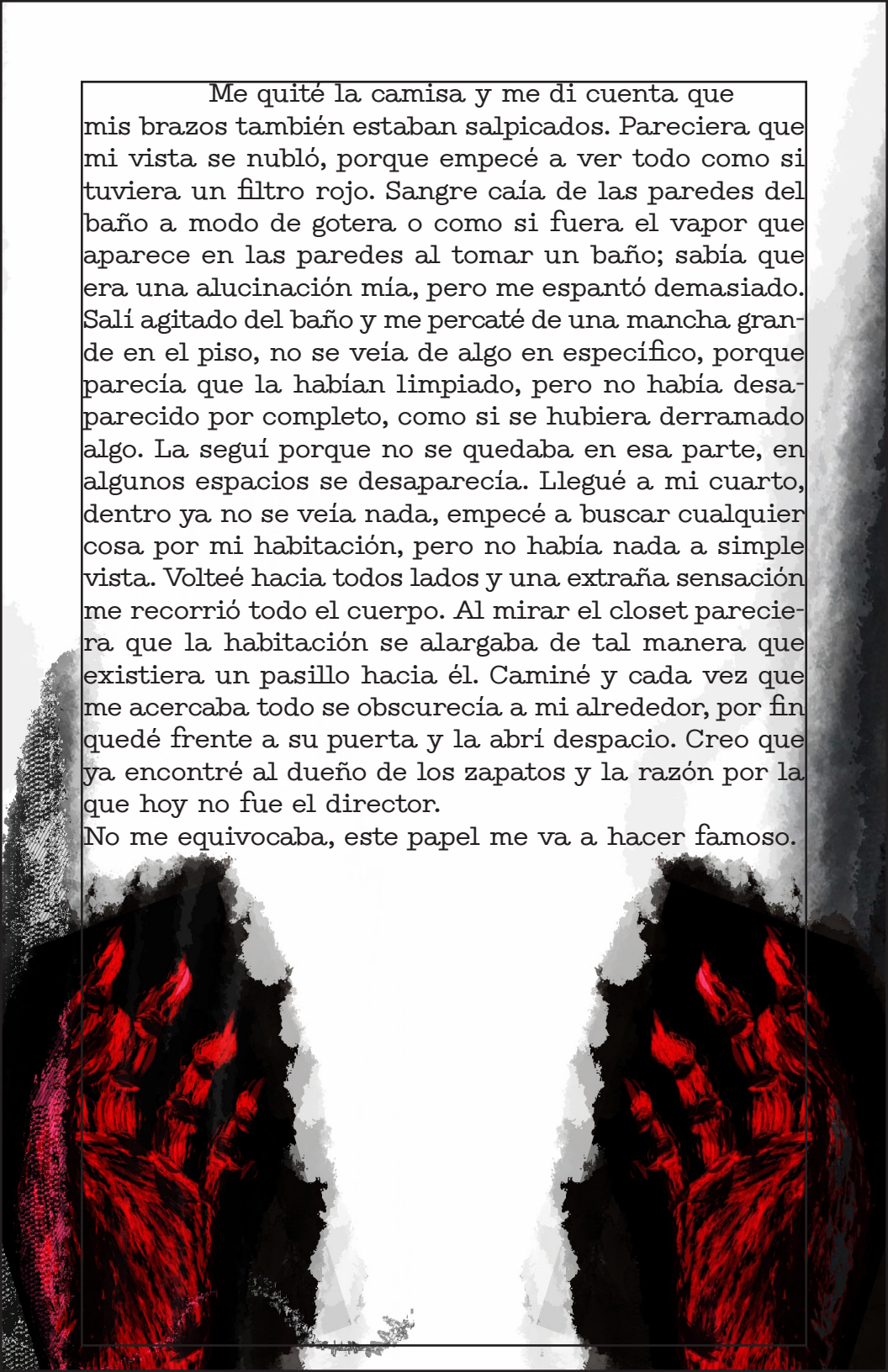
No es como si no empezara a sentir los estragos de esto, el día de hoy por fin pude dormir, aunque fuera unas tres horas, pero no bastó, pues al despertar me hizo imaginar un par de zapatos al lado de mi cama. Primero pensé que eran míos y se me había olvidado guardarlos en el zapatero, aunque luego de observarlos bien, me di cuenta que el papel podría volverme loco, pero, jamás alteraría mi buen gusto en ropa, por lo que aquel calzado tan incómodo y ordinario no podía ser mío. Si no era de mi propiedad, no tenía sentido que estuvieran en mi casa, así que llegué a la conclusión de que los había imaginado; los ignoré y seguí con mi día. Afortunadamente avisaron que hoy no había necesidad de ir al set, pues el director no se presentó. Ese señor, esa gran eminencia en el cine, a opinión de muchos pretenciosos, era el que estaba terminando con mi salud mental. No, yo era el que la estaba destruyendo. No era



la primera vez que actuaba en un proyecto así. Al final de cuentas fui yo quien se presentó a la audición para esta película, a pesar de que ya conocía lo que esto implicaba. Decidí volver a dormir. Al regresar a la habitación los zapatos seguían ahí. Para ser parte de una alucinación creo que ya había durado bastante, bajo mi lógica consideré que había que tocarlos para que la ilusión se terminara, no había forma de tocar algo intangible, pero este no era el caso de los zapatos pues éstos no desaparecieron al tocarlos. ¡Eran reales! demasiado reales.

La paranoia me empezó a consumir y comencé a darle posibles respuestas a la aparición de esos zapatos; lo más lógico era que si no eran míos y yo no los había puesto ahí, alguien más lo había hecho. ¿Cómo habrían podido entrar a mi casa? No cuento con las medidas de seguridad como las de un millonario o una estrella, no tenía guardaespaldas o algo parecido, sin embargo mi casa era, dentro de lo que cabe, segura. Además que, mi cuarto también estaba cerrado con llave y las ventanas tenían el broche de apertura hacia adentro, aunque, bien podrían haber forzado las cerraduras. Tenía cierto sentimiento de miedo y preocupación, los cuales se dispersaron al verificar que todo estaba bien cerrado.

De regreso a mi cuarto, me percaté de unas gotas en el piso de un color rojo, pensé que quizá me había cortado con algo, digo, tan cuidadoso no soy. Fui por el botiquín al baño y al voltear al espejo parecía que estaba viendo a otra persona; tenía heridas en la boca, como si me la hubieran rotó, además de otras manchas de sangre. ¿Cómo no me había dado cuenta antes?



Me quité la camisa y me di cuenta que mis brazos también estaban salpicados. Pareciera que mi vista se nubló, porque empecé a ver todo como si tuviera un filtro rojo. Sangre caía de las paredes del baño a modo de gotera o como si fuera el vapor que aparece en las paredes al tomar un baño; sabía que era una alucinación mía, pero me espantó demasiado. Salí agitado del baño y me percaté de una mancha grande en el piso, no se veía de algo en específico, porque parecía que la habían limpiado, pero no había desaparecido por completo, como si se hubiera derramado algo. La seguí porque no se quedaba en esa parte, en algunos espacios se desaparecía. Llegué a mi cuarto, dentro ya no se veía nada, empecé a buscar cualquier cosa por mi habitación, pero no había nada a simple vista. Volteé hacia todos lados y una extraña sensación me recorrió todo el cuerpo. Al mirar el closet pareciera que la habitación se alargaba de tal manera que existiera un pasillo hacia él. Caminé y cada vez que me acercaba todo se oscurecía a mi alrededor, por fin quedé frente a su puerta y la abrí despacio. Creo que ya encontré al dueño de los zapatos y la razón por la que hoy no fue el director.

No me equivocaba, este papel me va a hacer famoso.

En mi América Latina

-Valeria Robledo-

En América Latina hay un poeta en cada esquina,
Un artista veinteaño y un perro callejero.
Un chavo caguamero y un triste barrendero.

En mi América Latina hay muchos desaparecidos
Y corruptos conocidos,
Hay lugares escondidos
Y campos benditos.

En América Latina hubo un valiente periodista,
Un alegre cronista
Una selva que resiste,
Una playa violenta y serena,
Una jarana cantando,
Una negra bailando,
Y un corazón siempre palpitando

En mi América Latina hay un cuerpo en cada esquina,
Un romance que te alivia,
Un reboso calentito,
Un sueño marchito
De seguro por el yugo de un milico.

En América Latina hay un fuerte ambientalista,
Un obrero y un punketo con ideas medio anarquistas.
Una madre que te sana con caricias,
Un migrante entre bestias y cenizas.

Un pueblito pintoresco con hermosas vistas.

En mi América Latina hay un poeta en cada esquina,
Que compone y que dedica a la revuelta de la esquina,
A la huelga, la revolución y al espíritu de su tierra.

En América Latina hay un poeta que recita,
Las verdades y cantares de una tierra que castiga.



LUNA

-Aylin Lara Díaz-

Si tú eres la luna
yo no quiero ser el sol
Quiero ser una estrella
Para estar siempre a tu lado
Para recordarte que no estás solo
Quiero ser la estrella
Que guíe tu camino
A pesar que no brille mucho
Brillaré para ti
Seré tu fiel compañera
No te pediré que salgas de la oscuridad
Como el sol al amanecer
Te acompañaré en la oscuridad
No pediré que cambies tu forma de ser
Me gustas tal y como eres
No brillaré más que tú
como el sol
Mi brillo será más debil
Que el tuyo
Y cuando te rindas
Te des por vencido
Y tu luz se apague
Tu camino se oscurezca
Yo estaré ahí
Para alumbrar tu camino
Para animarte
Para impulsarte a seguir adelante
Para que no estes solo
Y cuando te repongas
Y tu brillo vuelva
Mi brillo se opacará
Solo brillaré para ti



Y aunque mi luz sea débil
haré lo que sea
Y me mantendré a tu lado
Hasta que la luz de mi alma
Se apague, pese a eso
Y aunque mi luz se sofocara
Me alegraría saber

Que aquella luz débil
Sirvió para ayudar
A esa hermosa luna
Que, aunque no es el sol
Que, aunque no es tan brillan-
te
Esa luz me acompañó
Esa luz me dio alegría.



PERFUME DE VAINILLA

- Israel de la Colina -

Melodioso y sin prisa
Viaja tu perfume en la brisa
Y me saca una sonrisa
Cuando tú llegada me avisa

Si permaneces aquí poetiza
La piel toda se me eriza
Y tu imponentia de Artemisa
Evoca mi delicia
Pues sabía en indecisa
Es tu mirada divina

Al verte llorar dolida
Toda el alma se me espina
Pues eres tú quien ilumina
Toda esta neblina

Tu sien mi mano acaricia
Más tu llanto de nuevo reinicia
Tu boca acerco con pudicia
Y te beso con justicia

Más ya sabías, profetiza
Que besarte sería mi premisa
Y tu pupila me miró sumisa

De seguro encontré la medicina
Porque no pudiste aguantar la risa
Así que terminé mi consigna
Y comenzó la despedida

Me diste un beso en cada mejilla
Y marchaste a toda prisa

Un rato tras tu visita
Queda algo en mi camisa
Y no es más
Que tu perfume de vainilla



AZÚCAR ESPARCIDA EN MIL 1505

-Sandra Danna Rodríguez-

Oh dulce criatura que sale de mis cenizas, dulce criatura que mira con tanta ternura mis desastres, dulce tú y dulce yo que venimos del mismo ayer y del mismo hoy, me llevas otra vez a casa donde curas mi sangre y lágrimas, dónde nuestras charlas son de uno, dónde no sabemos a dónde vamos, pero sí que nos pertenecemos uno al otro.

-Para mi gato-

1406

Me resbalo en la curva de tu nariz, me derrito en tu piel quemada, me estrello en tus ojos de ensueño y me enamoro de tus besos sin compromiso. Eres tú y ese

cansancio que te caracteriza, ese color marrón que tienen tu aura y tú, tu desobligada forma de amar y mi ilusa forma de aferrarme.

-10

6060

¿Qué pasa cuando el amor te hace sentir solo?

Cuando eres difícil de amar, cuando simplemente crees que no mereces ser amado. Crees que estás maldito, que hay un tipo de profecía que dice que te quedarás solo y que nadie nunca te amará, a pesar de que tengas miles de parejas o incluso si no tienes ninguna.

A veces imagino cuando me case y sólo puedo pensar: “pobre de mi futura pareja”

Sólo quiero amor, sólo quiero amor, pero es tan difícil; hasta parece imposible amar a una persona como yo. Yo una persona tan diferente, quiero amor de una manera diferente, tal vez nunca seré amada como es “debido” y tal vez jamás encuentre ese amor que yo busco. Quiero algo que por lo menos no me destruya cuando diga “te amo”.



2085

Amar se siente como si el océano recorriera tus venas; el tener a esa persona es cuando no se puede pedir más. El amar es un océano gigante que hace al corazón explotar y romper como olas. Sentir que perteneces a los granos de arena que se pegan a tu piel como cosquillas, entender que el amar es existir para amar.

1910

Abrázame, abrázame fuerte y cómeme, dame de tu paz, de ti, de tu carne y

esencia. Déjame morder tu cara, rasguñar tu espalda y convertirme en la miel de tus labios.

1013

Juro que no todo el tiempo pienso en ti; en ti y en tus gloriosos labios, en la curva de tu nariz y en tu piel morena, sólo pienso en ti en el día, en la noche, sólo hoy, sólo ayer, mañana y noche, pero juro que no lo hago todo el tiempo. Juro que sólo pienso en ti cuando vives en mí, y tal vez eso sea todo el tiempo.

0214

Me gusta ser tuya; no en el sentido posesivo, sino en uno de los más románticos que

ha podido existir. Me fascina creer que soy tuya todo el tiempo, porque aún siendo libre y poder estar con quien sea que quiera estar, te elijo a ti y a mis ganas de

amarte, de permanecer contigo. Me gusta porque mi cuerpo, mi mente, mis sentidos y mi alma te han encontrado a ti como la compañía perfecta para pertenecer.



“Una mordidita de poesía”

- Catherine Mendoza Horta -

El momento

Y vivir
el momento con él es
olvidar que
hay vida después de la muerte.

Insomnio

No he tocado mis pestañas.

Pareciera que hay algo
que hacer.

Son las seis de la mañana
y no hay nadie quien ser.

Cacomixtles

Quiénes como los amantes. Que se
les ve engarruñados.
abofeteados, colmados, casi prensados.

Se les mira en el cuidado de la noche, con el ruido de la esquina
de mi colina.

Se miran.

I

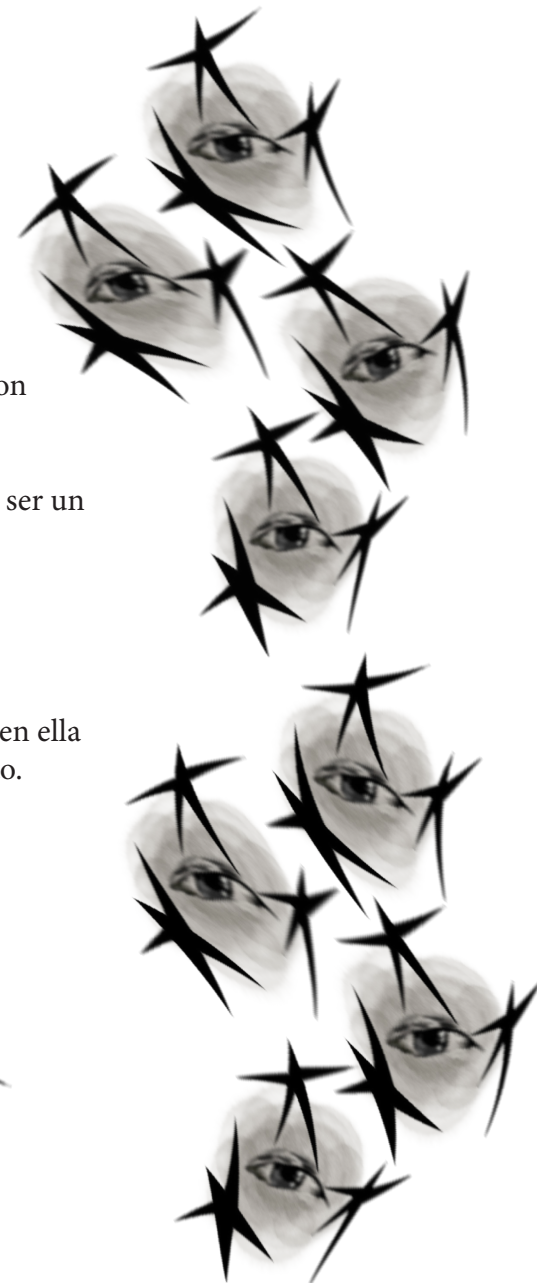
Y en esta vida y universo
el ser humano
puede ser lo más pequeño e
insignificante
en ello,

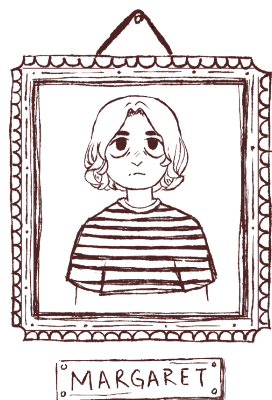
siendo un cúmulo de algo con
aquello,

que al mismo tiempo puede ser un
todo del todo

del que provenimos.

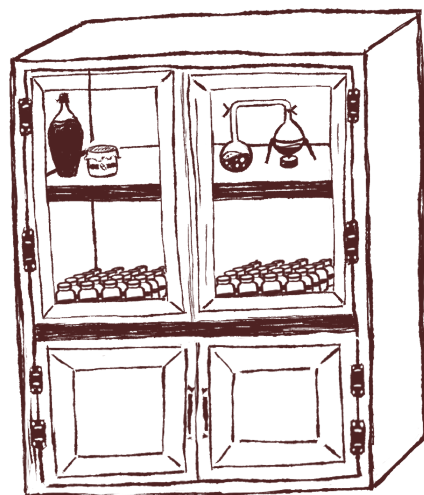
Somos absolutamente nada en ella
que paralelamente lo opuesto.





LA SOCIEDAD SIN EMOCIONES

- Gabriela Lucas -



Como cada mañana, tomé la pastilla; era amarga como todo y a la vez, siempre se sentía una inmensa soledad. La calma era obligatoria, la paz asegurada.

En la ciudad neutra, nadie hablaba; todo era silencioso. Las sonrisas, las carcajadas y las lágrimas eran tan lejanas como los recuerdos de un mundo que ya no existía. Los monitores de las calles vigilaban todo con un emblema en ellas: "No sentir es estar en control. Control es poder". En este lugar no hay vínculos ni amor, sólo se existe. Así ha sido toda mi vida; contar cómo era antes está prohibido, y si alguien lo hace, lo encierran y no se vuelve a saber nada de ellos. Las personas que llegan a sentir algo son encerradas por un tiempo y aparecen como si nada, pero es mil veces peor; no recuerdan nada, las hacen sufrir.

Tengo 28 años y nunca he visto a alguien llorar. No sé nada sobre mi familia; te separan al nacer, no puede existir ningún vínculo. Llego a mi trabajo como todos los días; todos trabajamos en el mismo lugar, aunque hay ciertas áreas. Yo me encargo de archivar las memorias de las personas cuando entran en crisis.

El día transcurre lento, todo es muy monótono, hasta que escucho:

—Margaret, tienes trabajo.

Veo a una mujer desesperada y sé de lo que se trata. Recordó algo.

—Déjenme ver a mi hija, por favor, sólo una vez, se los ruego.

Sé lo que tengo que hacer.

—Señora, relájese; en un momento verá a su hija. La mujer se tranquiliza un poco.

—¿Puede decirme cómo se llama su hija? —pregunto.

—Ella se llama Clara, quiero ver a mi hija, tiene 5 años—. Suena desesperada, algo que no debería sentir.

—Ok, señora, relájese; le haré unos estudios antes de que pueda verla.

Le inyecto un sedante para después poder borrarle la memoria. No sé por qué últimamente hay más casos como estos. Sólo es por un momento; tienen sus recuerdos y yo me encargo de borrarlos. Tal vez se tiene que aumentar la dosis.

Caminaba de regreso a casa en medio de la ciudad fría y meticulosamente ordenada. Cada paso que daba resonaba en el suelo, acompañando los pasos de los demás ciudadanos, como si todos fueran engranajes en una máquina perfecta. Todo se repetía, de no ser por las fechas, creería que vivo el mismo día una y otra vez. Comencé a tener una sensación extraña; era raro porque nunca siento nada, ni siquiera sé cómo ponerlo en palabras. Nada es lo suficientemente interesante y cada acción parece carente de sentido. Creo que se llama aburrimiento. Lo he escuchado, es extraño que yo lo tenga. Caminé un poco más rápido para ir a mi departamento, donde también, por una extraña razón, el sistema sabía lo que hacíamos.

El departamento era minimalista y pequeño. Sólo tuve que cepillarme los dientes y prepararme para dormir.

Al día siguiente, tomé la cápsula y la dejé disolverse en mi boca. No sentí el efecto adormecedor de siempre. Al contrario, un ligero calor se extendió por mi pecho, algo que no había sentido jamás. Al principio pensé que era una falla, pero entonces, justo antes de salir de mi pequeño apartamento, vi algo por

el rabillo del ojo: una gota de agua cayendo lentamente por mi mejilla.

Me toqué el rostro, confundida. Estaba llorando.

Pero no sabía por qué.

Mis manos comenzaron a temblar, y con ello, una ráfaga de miedo, algo prohibido, algo inaudito, me sacudió desde lo más profundo de mi ser. Era imposible. Nadie podía sentir. No después de las cápsulas. No después de los controles.

No sabía qué hacer; me tenía que controlar antes de que se dieran cuenta, pero el hormigueo seguía allí, creciendo, alimentándose del desconcierto. Una pequeña chispa había encendido algo que no podía apagar. Mientras la ciudad seguía en su monótona marcha, todo lo veía de manera diferente y comencé a sentir lo peor: curiosidad.

Tuve que ir al trabajo; nada podía salir fuera de lo normal o comenzarían a sospechar de mí.

—Margaret, hay otro caso. Sala 3.

Había un hombre, aproximadamente de 30 años.

—No...no me hagan olvidar otra vez —dijo el hombre con un hilo de voz, mientras sus ojos se llenaban de lágrimas. Me estremecí. Había visto muchas personas en crisis antes, pero algo en él me paralizaba.

—¿Qué está sucediendo? —murmuré, más para mí misma que para él.

En ese momento, un impulso irracional me invadió. No podía borrar lo que este hombre sentía. No ahora. No sabía qué hacer; nunca me había sucedido antes el no poder borrarle la memoria a alguien. Tenía que actuar antes de que alguien apareciera.

—Por favor, tranquilízate; no te haré nada.

—¿Qué recuerdas? —pregunté, las palabras esca-

pando de mi boca antes de que pudiera detenerme. Sabía que no debía preguntar. Los recuerdos eran peligrosos, y el recordar era aún peor. Pero algo en la desesperación de aquel hombre me empujaba a querer saber más.

—Mi familia —respondió el hombre en un susurro.— Mis padres y mi hermano; los amaba mucho. Amo...los amo.

Sentí un escalofrío recorrerme el cuerpo. Familia. Esa palabra prohibida, ese concepto que había sido eliminado de nuestras vidas desde el nacimiento y, sin embargo, este hombre frente a mí lo recordaba. Se suponía que nadie podía hacerlo, no después de los procedimientos.

—¿Algún problema, Margaret? —preguntaron los técnicos.

—Todo bien —respondí rápidamente; nadie sospecharía de mí; nunca he fallado en mi trabajo. Miré al hombre una vez más. No había vuelta atrás.

—Tienes que irte. Ahora —dije con firmeza, sabiendo que estaba cometiendo el mayor de los delitos: desobedecer.

Pasaron 2 días de aquel encuentro, y poco a poco iba sintiendo más cosas, como frustración. Era extraño. Me fui antes del trabajo, diciendo que necesitaba otra dosis; nadie sospechó. Sentía que alguien me seguía, otra cosa que nunca había sentido. Y de repente, sentí como alguien me jalaba hacia un callejón. Era el hombre; me tapó la boca, no podía hablar.

—Shhh —dijo—. Necesitamos hablar; sé que tú también lo sentiste.

No sabía qué hacer; si gritaba, descubrirían que lo dejé ir y no hice mi trabajo.

—¿Qué es lo que quieres? —dije asustada.

—¿Estás harta de esto? —lo decía más como una afirmación que como una pregunta. Y una parte de mí sí lo hacía, pero no podía hacer nada más; era algo a lo que estamos atados.

—No es como si pudiera hacer algo.

—Sí, puedes —respondió el hombre con una firmeza que me sorprendió—. Puedes hacer más de lo que crees. No eres la única. Hay otros como nosotros, y estamos empezando a despertar.

—No entiendo...¿cómo es posible? —murmuré. Mi mente luchaba por comprender lo que él estaba diciendo.

—Las cápsulas no están funcionando como antes. Algo ha cambiado en nosotros, en el sistema. No es coincidencia que tú también hayas comenzado a sentir. Hay un grupo, un lugar donde estamos intentando entender qué nos está pasando, pero, necesitamos a alguien como tú, alguien que sepa cómo funciona el sistema desde adentro.

Esto estaba mal; era traición, y yo también estaba involucrada ahora. Tenía que irme y hacer de cuenta que esto no estaba pasando, volver a mi vida como era, pero ya estaba harta de la monotonía, de no sentir nada, de ser una pieza más en el sistema que suprimía cualquier atisbo de humanidad.

—Nos reunimos mañana en un lugar seguro. Si decides venir, te estaré esperando en este callejón —dijo el hombre antes de soltarme y desaparecer.

No pude dormir en toda la noche; no sabía qué hacer. Me da miedo que descubran que la cápsula ya no me generaba nada. Me levanté de la cama y caminé hacia la ventana. Afuera, la ciudad brillaba en un frío silencio, las calles vacías bajo la vigilancia de los monitores. Era un paisaje que había visto tantas veces, pero,

esta vez parecía diferente, como si el orden que tanto había respetado estuviera a punto de desmoronarse. El sol comenzó a salir. Me arreglé para el trabajo y salí. Cada paso me acercaba más al callejón donde el hombre me citó. Sentía miedo, pero ya no era lo único que sentía. Él estaba ahí.

—Sígueme—dijo

Podría matarme; las cosas que les he hecho a esas personas. Podría ser todo esto una trampa, pero lo hice: lo seguí ciegamente. Llegamos a un túnel; supongo que aquí no hay monitores.

Había un grupo de 5 personas. Entre ellos, una señora anciana (nunca había visto una persona mayor; los asesinaron). Ellos sabían mucho del anterior mundo. Supongo que el asombro en mi rostro me delató, ya que la anciana me dijo: —Lo sé, te sorprende tanta belleza.

—¿Eso era una broma? —me provocó un poco más de confianza.

—Pude esconderme cuando sucedió; tenía 56 años en ese entonces. Seguía siendo un riesgo para el sistema tener conocimiento.

—Ellos son Priscilla, Jonathan, Emma, Isaac y supongo que ya conociste a Miranda; yo sólo soy Matthew.

Eran personas de aproximadamente 30 años o más.

—Ella es... —dijo.

—Margaret —respondí.

—Ella nos puede ayudar a entrar en las memorias.

—¿Qué? Yo no puedo hacer eso —dije.

—Margaret, ya lo has hecho antes. Tal vez no lo recuerdas, o quizás el sistema te hizo olvidarlo, pero tienes el poder de acceder a esas memorias. Nos han hecho creer que somos piezas reemplazables, engranajes en una máquina per-

fecta, pero eso no es verdad. Las memorias que tú puedes desbloquear son la clave para que todo esto termine.

Me sentía muy indecisa; no sabía qué hacer.

Miranda, cuyo rostro arrugado estaba lleno de una sabiduría antigua, habló otra vez:

—Tú sientes que algo está mal ¿no es así? Esa cápsula que llevas dentro ya no te controla como antes. El sistema cometió un error contigo. Te dejó ver demasiado. Ahora tienes una opción: o sigues el camino que te imponen o te unes a nosotros y recuperamos lo que nos robaron.

Sabía que esto estaba mal, pero ¿cómo podíamos hacer que cambiara? Nos costaría demasiado.

—¿Y qué se supone que tengo que hacer? —pregunté.

Isaac, un hombre de aspecto severo y mirada intensa, tomó la palabra:

—Tú sabes cómo funciona esto. Puedes entrar al sistema y devolverles la memoria a muchas personas.

El grupo esperaba mi respuesta. Sentía la presión aplastándome, la incertidumbre devorándome por dentro. Tal vez tenían razón; tal vez había algo que el sistema había hecho conmigo que aún no comprendía. Pero si los seguía, no había vuelta atrás.

—Está bien, lo haré, pero necesitaré ayuda.

Pasaron unos días para perfeccionar el plan, y decidimos que infiltrarnos en el edificio sería la mejor forma para poder devolverle las memorias a las personas y así sintieran algo. El día llegó; todo estaba planeado; ya no había vuelta atrás.

Entré al trabajo como cada día, pero esta vez teniendo la esperanza de que todo acabe, que

las personas sean libres. Pasé mi tarjeta por la seguridad para dejar entrar al grupo; Miranda no vino por razones obvias. Matthew e Isaac vigilarían mientras Emma, Priscilla y yo arreglaríamos el sistema.

Accedí a la habitación donde estaban las memorias y comencé a hacer mi trabajo; todo estaba ahí. Era impresionante cómo las personas son controladas y reprimidas. Poco a poco, las personas iban teniendo un recuerdo más. Comenzaron a sonar alarmas.

—ALERTA. ALERTA

Unas luces rojas comenzaron a surgir, pero ya estaba hecho; lo habíamos logrado.

—Lo logramos —murmuró Emma, con lágrimas en los ojos.

Lo único que siento es libertad; puedo hacer mi vida, buscar a mi familia y ser libre. Palabras que nunca pensé sentir.

La pantalla frente a mí cambia, mostrando un mensaje que parece venir de las profundidades más recónditas del sistema:

“Fase de restauración activada. Sistema de control V.2 en proceso de implementación.”

—¿Qué está pasando? —pregunta Jonathan, notando mi expresión tensa.

—No... no puede ser —susurró, procesando lo inevitable.

Todo parece tan lejano, como una mentira; no puede ser posible. El sistema, incluso cuando fue derrotado, había previsto una alternativa. Otro nivel de control estaba siendo desplegado, más sutil, más adaptado. Las memorias pueden haber sido devueltas, pero ahora las personas estarían influenciadas de otra manera. Un sistema que no necesitaría borrar memorias, sino manipularlas desde dentro.

Es gracioso cómo siempre algo ejerce sobre nosotros y cómo necesitamos siempre un sistema, a alguien que nos guíe, porque el caos de la libertad total es algo que ni siquiera pueden comprender. Y este nuevo sistema, aunque diferente, seguirá manipulando a la sociedad, moldeándola de una manera más imperceptible. El grupo me miraba como si yo tuviera la respuesta, como si pudiera cambiar lo que va a pasar.

—¿Qué hacemos? —dice Isaac.

—Nada; no podemos hacer algo, sólo nos queda adaptarnos —digo con un gran dolor. Al menos puedo disfrutar de este sentimiento por última vez, como una ráfaga de esperanza puede desaparecer así de rápido. Pero al menos estoy agradecida de poder haberlo hecho.

Afuera, la gente está celebrando, creyendo que finalmente han sido liberados. Pero nosotros sabemos que, aunque hayan ganado una batalla, el sistema siempre encontrará una forma de reaparecer.

El nuevo control no será visible. Será invisible, emocional, mental. Un sistema que no necesitará la fuerza para dominar. En el horizonte, el sol comienza a brillar sobre una ciudad que se prepara para un nuevo orden, diferente, pero, al final, igual de inevitable. La libertad había sido un espejismo.

HUMO

-Mizael Hernández-

Y tu silueta, entre el humo de mi cigarro,
se desvanece como una sombra en el viento.
Tus ojos, que antes brillaban con intensidad,
ahora voltean hacia otro lado.

Tu rostro, ya desconocido para mí,
se esfuma en el recuerdo, como el humo que se va de
entre mis manos
Tu voz, tu risa, tu mirar, se van con el viento,
y yo me quedo con el sabor amargo

Hasta que vuelva a encender otro cigarro,
y tu silueta reaparezca, como un fantasma en la
niebla.
Sin saber que será la última vez que tu vengas a mi
mente.

